

Cuentos & Cuentistas

“El mejor autor de todos los tiempos”

Me hallaba el otro día sentado leyendo, en mi sillón predilecto de la biblioteca familiar, saboreando mi Paceaña vespertina (se consigue por estos lares), cuando irrumpió Tabitha, mi hija del medio, que estudia medicina.

–Gagum –dijo–. Necesito que me recomiendes un libro de cuentos para leer y relajarme...

Sin levantar la vista de mi libro, le indiqué una estantería a mi derecha, la que se ubica junto a la ventana que mira al frondoso parque del vecino. Le disgustó mi gesto:

–Nooo. Quiero que tú me elijas uno, Gagum. No tengo tiempo para ponerme a adivinar –replicó.

–Bueno Tabitha –me resigné, levantando la mirada–, dime primero qué tipo de cuentos quieres: de misterio, de horror, romántico, humorístico, fantástico, de la época actual, de algún país en especial, realista, experimental, futurista, sagrado, de la tradición oral, una serie de minicuentos, una antología, qué...

–Nada de eso, Gagumcito, no te pongas difícil. Quiero simplemente leer cuentos del mejor cuentista de todos los tiempos. Cuentos cortos y perfectos. Perfectos –repitió en tono un tanto impaciente–. Y positivos –añadió, lo cual no me extrañó, porque Tabitha quiere ser doctora de los pobres y le gusta eso que llaman “medicina natural”. A ella le decían cuando pequeña “poderosa con fuego”, por algún dibujo animado ochentero. De modo que no es muy saludable contradecirla.

–Estoy apesada de tanto estudiar, de ver cadáveres y de la asquerosa tele; de la comida del hospital, del incienso de la mamá y del gato petulante de esta casa que se pasea todo el día con aires de Lord. Quiero leer algo bonito y entretenido –remató su parlamento.

–Hay muchos autores... –intenté replicar.

–No quiero muchos. Quiero uno excelente y ahora. ¿O no sabes?

–Bueno –cedí, mirando a un costado–. Allí tienes uno. O. Henry. ¿Algo más? –y le hice sacar media docena de volúmenes.

–Sí –acató– mirando los libros con sospecha–. Explicame quién es este escritor de nombre tan raro.

–Rara tú, que no lo conoces. Los libreros de viejo lo veneran... –me permití decir; aunque fui rápido al grano para no meterme en un debate con Tabitha, que es dura entre las duras.

–O. Henry nació en 1862 y murió en 1910 –recité–, norteamericano, es considerado el maestro del relato corto, como que escribió alrededor de 600, publicados en unas 15 colecciones, según mis datos. Adorado por los lectores de su país, más bien menospreciado por la crítica.

¿Apresurados y desprolijos algunos de sus cuentos? Puede ser... Su especialidad son los finales sorprendivos. Llegó por casualidad a la literatura, ya que era empleado de banco y estuvo en la cárcel por líos de platas. Allí comenzó a escribir cuentos.

–Sabes que no me interesan las historias de asesinos sicópatas o monstruos urbanos –atacó Tabitha.

–O. Henry estuvo en la cárcel por mal uso de fondos, únicamente. Debió exiliarse. Además se ha demostrado que lo acusaron injustamente. Lo mismo me podría ocurrir a mí, ¿okey?

A todo esto se habían acercado, al sentir nuestro diálogo, mis otros hijos, Mister y Chiquitita Ninja. Un paréntesis: en una época alegraron por estos nombres que les puse, pero ahora se sienten identificados.

–Bueno –completé la info sobre O. Henry–. Son cuentos de las vidas de gente corriente, anecdóticos, entre emotivos y naturalistas, breves, bastante cínicos, muy bien escritos, con principio, medio y fin; sencillos y astutos. Con mucho análisis socioeconómico, aunque les suene paradójico. ¿Qué más? Pues, repito, sus finales son siempre sorprendentes. Su falla: hay referencias a la subcultura norteamericana de la época que pueden sernos incomprensibles, pero no molestan.

–Leamos uno –propuso Tabitha.

–Eso, eso –contribuyó Mister, haciendo con los dedos un gesto copiado del Chavo del Ocho.

–Yo leo –aportó Chiquitita Ninja, que aspira a ser actriz y no pierde oportunidad de mostrar sus innegables dotes.

–Que Gagum elija el cuento –acotó Mister, que tiene alguna confianza en mis gustos, como que me debe varios descubrimientos: Steppenwolf, George A. Romero, los mitos de Cthulhu y Manara.

–Adelante –dije–. Empecemos por “El policía y el himno”. Nos embelesamos con la voz de la Ninja y no proferimos palabra hasta que terminó. Luego nos miramos y nos reímos.

–Así es la vida –suspiró Tabitha–. Otro más, Chiquitita...

–Que sea “Un servicio de amor” –dictaminé. Mi hija menor se prodigó esta vez creando las voces de los personajes y dándole colorido al ambiente del relato. Cuando terminó de leer, estábamos demasiado emocionados como para comentarlo. De modo que cada cual partió a la suya. Por cierto, Tabitha, se largó a su pieza para pegarse el atracón de O. Henry que correspondía.

–Gagum, me gustó este O. Henry –declaró cuando se iba–, si no es el mejor cuentista de todos los tiempos, anda cerca...

–Y no dejes de leer *Los pícaros sentimentales* –agregué–. Parece una novela porque la pareja de personajes que protagoniza es la misma, pero se trata en realidad una serie de cuentos. En “El hombre tras la máscara”, por ejemplo, O. Henry explica todo el funcionamiento de la economía norteamericana, de libre mercado en teoría, aunque propensa al monopolio. Desarrolla una

competencia entre: a) un capitalista especulador, b) un comerciante proclive a estafar a sus clientes, y c) un ladrón lleno de artimañas... Ya verás quién gana.

Cuando me percaté que estaba hablando solo, elucubré para mí, a modo de cierre, antes de retomar mi lectura: O. Henry viene siendo el equivalente de Chejov en Rusia, de Maupassant en Francia, de Hoffmann en Alemania, de Emilia Pardo Bazán en España: por cantidad y calidad, el cuentista por antonomasia y el testigo de toda una época. Maestro del *western*, además.

–O. Henry vivió desterrado en Honduras, es el inventor de la expresión “república bananera” –me hizo saltar Mister, que aún rondaba por allí. Siempre sabe las cosas más raras.

–Cierto –aprobé–. Y sus aventuras centroamericanas están en el libro *Coles y reyes*, que todos deberíamos leer para adquirir un poco de modestia literaria, ya que es un prodigio de narración, de compleja construcción en espiral, con un conjunto de historias aparentemente independientes que sólo se explican en su cabalidad en un elaborado final. Obra maestra narrativa como pocas... Opinión personal, ¿okey?

–Además fue ladrón en México –murmuró Mister antes de partir a su computador.

–Nadie es perfecto –atiné a decir–. Y alcánzame otra Paceaña, porfis.

